

EL PICO DE ORIZABA

POR ARMANDO TELLERIA ARMENDARIZ

Desde mi infancia he sido aficionado al montañismo, y gracias a Dios, he tenido la suerte de poder practicarlo ampliamente, visitando y ascendiendo distintos montes y cordilleras en varios países. Además, siempre he podido disponer de buenos amigos, que con su compañía y experiencia han hecho factibles y agradables estas excursiones. Entre estos amigos, merece destacar los del Club Deportivo Oberena, con quienes me formé y aficioné a este deporte, en mis primeras salidas hace quince años.

He leído los números de esta interesante revista PYRENAICA y aunque nunca me ha acompañado bien la pluma en las descripciones, ahora, y a petición de varios amigos, quiero hacer una narración de una de mis mejores ascensiones, la de la cumbre más alta por mí alcanzada.

Se trata del punto más elevado de México, el Pico de Cicaltepec o Pico de Orizaba, que alza su cono volcánico de nieves perpetuas hasta los 5.750 metros sobre el nivel del mar.

Este volcán se halla situado en el borde oriental de la meseta mexicana, de manera que su flanco Este desciende hasta las tropicales tierras de Córdoba y Orizaba, en el estado o provincia de Veracruz, mientras que por el occidente se asienta sobre la propia meseta en el estado de Puebla. Este flanco occidental situado a considerable altura (2.000 m.) es el acceso más apropiado, iniciándose normalmente la ascensión en el pueblo de Aquiles Serdán, antes llamado San Andrés Charchicomula.

Para llegar a este pueblo hay que tomar la carretera de Puebla a Zacatepec y en el lugar llamado San Salvador el Seco, tomar una desviación, que a través de 4 kms. de un buen camino de terracería conduce a Aquiles Serdán.

También se puede llegar por tren a la estación de la Esperanza distante 15 kilómetros de Aquiles Serdán, pero aquí suele haber vehículos disponibles para llegar al mencionado pueblo.

Después de un viaje de 350 kms. desde Pachuca llegamos a las tres de la mañana a Aquiles Serdán, Antonio Ortiz, mi hermano Pedro y un servidor. Disponemos de tres días, 18, 19 y 20 de noviembre de 1956, pues el primero es domingo, el segundo «puente» y el tercero Fiesta Nacional.

PYRENAICA

Merece la pena contar, que durante este viaje nocturno de aproximación, presenciarnos un eclipse total de luna de dos horas de duración. Si hubiéramos sido supersticiosos, no nos hubiésemos lanzado a esta escalada.

Después de cabecear un sueñecito en la camioneta, oímos la Santa Misa en una bella iglesia colonial a las 7 de la mañana. A continuación buscamos un arriero, que nos acompañase con un burro para transportar la impedimenta. Sin embargo decidimos continuar un poco con la camioneta para adelantar camino. El suelo arenoso, con un tipo de arena negra volcánica mezclada con cenizas, dificulta extraordinariamente la marcha del vehículo. Sin embargo avanzamos 3 ó 4 kilómetros hasta alcanzar el bosque. Buscamos un buen lugar para dejar la camioneta y preparamos las mochilas y los útiles de escalada, piolets, crampones, una cuerda de 15 metros, gafas para la nieve, guantes, ropa de abrigo y gorros. Además llevamos los sacos de dormir para vivaquear, alimentos para dos días y cantimploras de agua. El arriero no aparece, pues lo hemos adelantado con el coche y temiendo que nos deje plantados, decidimos subir solos con toda la carga.

Son ya las diez de la mañana, pero no tenemos mucha prisa. La ascensión de este día, casi toda por entre bosques, nos llevará solamente 4 ó 5 horas. Encomendamos una oración al Creador y empezamos a subir... y a sudar. Hay algunas sendas marcadas por los arrastres de troncos de madera, pero como el bosque es limpio se puede avanzar directamente. Aquí admiramos pinos gigantescos de 40 y 50 metros de altura y hasta 2 metros de diámetro. Desgraciadamente, el hacha asesina está acabando con estos preciosos ejemplares.

Llevamos hora y media de marcha y sabemos que es preciso buscar el agua, la cual sólo se encuentra en esta vertiente en un manantial situado en una cañada.

Nos desplegamos para buscar mejor la fuente. De pronto me parece oír voces, abajo, en el bosque. Contesto a ellas y siguen los gritos. Nos detenemos y al poco aparece el arriero con su burro. Llega jadeante y de mal humor porque no le habíamos esperado. Se repone, carga las mochilas y nos conduce hasta la fuente escondida en una cañada, situada más al Sur.

Almorzamos ligeramente, nos aprovisionamos ampliamente de agua (una lata de 10 litros) y continuamos la ascensión. Vamos cruzando el bosque dirigiéndonos ligeramente hacia el Sur. Cuatro horas después de nuestra partida y a una altura de 3.500 ó 3.600 metros va terminándose el bosque, aunque algunos pinos retorcidos aguantan hasta los 3.800 metros. Encontramos ríos de lava solidificada y grandes bloques eruptivos que vamos sorteando. Hasta el momento hemos caminado en terrenos pertenecientes al estado de Puebla. Ahora cruzamos una cerca de piedras que indica la frontera con el estado de Veracruz.

A nuestra derecha y separada del cono del Pico de Orizaba, está la Sierra Negra, que es un contrafuerte del mismo volcán. Pasamos por entre ambas y la pendiente se suaviza. El terreno es de hierba alternando con arenales. La marcha es monótona a través de una serie de cañadas en dirección sur y después sur-este. Por fin, a las cuatro de la tarde, en un costado de una gran cañada encontramos la «Cueva del Muerto», donde pensamos pasar la noche. A falta de refugios alpinos, esta cueva constituye un excelente abrigo natural para pernoctar y además el único en estos parajes. Las paredes están llenas de letreros e inscripciones de otros montañeros.

PYRENAICA

He preguntado a varios amigos y al arriero, el origen del nombre tan «tétrico» de la cueva, pero nadie me ha dado una explicación satisfactoria. Esta cueva está situada entre los 3.800 y 3.900 metros de altitud. No lo sé exactamente, pues en México pocos lugares, fuera de las cumbres y ciudades tienen mediciones topográficas y planos detallados. La cartografía es muy deficiente, solamente hay mapas de carreteras a escalas inservibles para el montañismo.

El tiempo es excelente, todo el cielo azul sin una nube. Desde aquí se divisa muy bien el Pico Mayor, ¡pero qué lejos se encuentra! Sólo de verlo se adivina que la jornada de mañana será durísima.

Extendemos el contenido de nuestras mochilas, mientras el arriero busca algo de leña para calentarnos en la noche. Hemos llevado una estufilla de gasolina y en ella preparamos una merienda-cena, para acostarnos en seguida. Estamos muy contentos de este primer día y antes de meternos en los sacos de dormir, entonamos varias canciones.

Pronto se pone el sol y el frío se hace sentir. Haciendo caso omiso de las estrellas que se van asomando en el firmamento, nos entregamos al descanso reparador. El arriero mantiene el fuego en la boca de la cueva para calentar el ambiente, pero con ello sólo consigue intoxicarnos de humo, por lo que le agradecemos su solicitud, pero le rogamos que se acueste pronto.

La noche transcurre apacible, envuelto en un silencio impresionante, ya que todos los animales han quedado abajo en el bosque. Sin embargo, dormir a 4.000 metros de altura no es cosa fácil, pues se sienten con frecuencia dolores de cabeza. Pedro, sobre todo, nota cierto malestar.

No hay despertador, pero mirando periódicamente al reloj, comprobamos que han llegado las dos de la mañana. Es la hora convenida para la ascensión y con paciencia nos calzamos las botas; calentamos el té y en una sola mochila ponemos los crampones, cantimploras y varios alimentos ricos en calorías: dulces, chocolate, jamón y galletas.

Al salir de la cueva nos recibe una espléndida luna llena que nos ilumina perfectamente la ruta. Aunque llevamos una linterna eléctrica, sólo la utilizamos eventualmente. Hace frío, pero no demasiado. Empezamos la ascensión por el fondo de la cañada con dirección al collado de las Torrecillas, un espolón de roca perfectamente visible. Ya no existe el bosque, pero pisamos hierba, una hierba llamada zacatán. El último tramo para llegar al collado se hace pesado y Pedro no se siente bien. Prefiere regresar a la cueva y como nos dice que puede llegar bien él solo, lo despedimos.

Son las 4 de la mañana cuando llegamos al collado (unos 4.200 metros), y un aire huracanado nos recibe súbitamente. Además hace frío, muchísimo frío, quizás 20 ó 25 grados bajo cero. Encontramos grandes bloques de roca volcánica que nos proporciona cierta protección. Subiendo por entre ellas y a su amparo ganamos otros 100 metros y ya casi tocamos la nieve. Pero el viento y el frío continúan inexorables por lo que determinamos esperar al amanecer. Acurrucados tras una gran roca y tiritando de frío esperamos hora y cuarto. Tomamos algo de té del termo, dulces y chocolate. Apenas cambiamos palabras, pues todos nuestros esfuerzos se concentran en defendernos del frío. Un frío que corta, que nos hace sentir muy adentro, traspasando nuestras gruesas ropas y calzado.



Pico de Orizaba, máxima altitud de México (5.750 m.)

En el fondo del valle se ven algunas luces que proceden de la Estación de la Esperanza y mucho más abajo las de Orizaba y Santa Rosa a 3.500 mts. bajo nuestros pies.

¿Qué hacemos nosotros dos, acurrucados en esta helada montaña, con lo bien que estaríamos al amparo de aquellas luces? El que ha gozado de la belleza de las altas cumbres sabe que estas penalidades son compensadas con creces por la satisfacción del triunfo conseguido sobre la montaña. El montañismo es como un licor agradable al que no se le saca todo su sabor, si previamente no se ha luchado con esfuerzo. ¡Cuánto más se goza de la belleza de una cumbre alcanzada tras una dura ascensión, que del encanto de esa misma cumbre visitada en teleférico!

Hacia las seis, la claridad es considerable. ¡Qué maravilloso amanecer! Las nubes, muy tenues del horizonte, se tiñen de un rojo intenso que luego va transformándose en naranja y amarillo. Las mismas rocas de las Torrecillas, iluminadas al contraluz, parecen ascuas encendidas. Diríase que el volcán ha recobrado su actividad y son ríos de lava.

El viento ha cedido y los rayos del sol recibimos ya en movimiento. Ha salido éste con gran furia, multiplicando su resplandor en la nieve, por lo que nos ca-

PYRENAICA

lamos bien las gafas. Podemos optar entre ascender por la nieve o por la arena helada de una cresta. Nos decidimos por esta solución de menor peligro. La pendiente es muy fuerte, pues se trata del propio cono del volcán, cuya inclinación pasa de los 45°. Nuestra ascensión es lenta, pero segura y así pasan una, dos, tres horas. Hacia las 9 de la mañana calculo que nos encontramos en la cota 5.000, y ya con los crampones y piolet en plena actividad. Vamos encordados pero a corta distancia, sólo 6 mts., pues no hay grietas y el peligro principal es resbalar en tan inclinada ladera.

Nuestra ascensión discurre casi en línea recta hacia el Pico Mayor que forma un saliente rocoso llamado «El Pulpito». Pisamos alternativamente nieve y hielo pues el calor del día y el frío de la noche forman verdaderos «caprichos» en la nieve. Los llamados «penitentes» son unas zanjas en sentido horizontal como surcos de labranza con profundidades de hasta 60 cms. Nos fue necesario el piolet para hacer un pasillo en este piso tan molesto.

El tiempo continúa inmejorable. Sin embargo, el aire enrarecido hace trabajar mucho a nuestros pulmones, por lo cual, hacemos paradas frecuentes pero breves. Cada 30 ó 40 pasos, hemos de detenernos para normalizar la respiración. También el pulso se acelera rápidamente y el corazón parece que va a saltar del pecho. Desde luego, es mucho más conveniente efectuar la excursión con más tiempo y detenerse en la «Cueva del Muerto» (3.800 mts.) un día entero para aclimatarse.

Continuamos la ascensión siempre sobre nieve y lentamente vemos acercarse El Pulpito. El saber que sobre esa roca está la cumbre nos da nuevos ímpetus. Las piernas nos responden bien; la dificultad reside solamente en la respiración anhelante motivada por la altura.

Pasan otras dos o tres horas y alcanzamos la roca en cuestión. Arriba, la cumbre y el cráter, con su belleza inefable. Un último esfuerzo nos exigimos y dando la vuelta a la roca, divisamos la cruz de la cumbre a sólo 10 mts. de nosotros. Sólo nos separa una pala de nieve dura, que ágilmente escalamos para caer de rodillas al pie de la Cruz y dar gracias al Señor por todos sus beneficios en el altar más excelso de México.

Son las 12 del mediodía del 19 de noviembre de 1956. ¡Todo sonrío a nuestro alrededor! Un día maravilloso, aunque el viento sigue soplando con fuerza. A nuestros pies, el cráter... ¡Qué visión más grandiosa! Semejante a una plaza de toros llena de nieve y con sus paredes cortadas a pico. A diferencia del cráter de Popocatepelt que deja escapar fumarolas sulfurosas y ruidos subterráneos, este Pico de Orizaba está en perfecto sosiego, dormido, pero con la amenaza de un despertar desagradable.

Por encima del cráter y hacia el Oeste, se distinguen con toda nitidez los volcanes Popocatepelt, Ixtlaciuhalt, Nevado de Toluca y la Malinche, los dos primeros superiores a los 5.000 m. y los otros dos a los 4.500 mts. Todos ellos nos deleitan adornando el horizonte sin una nube. También vemos ciudades, como las de Puebla y Tihuacán 4.000 mts., más abajo, hacia el Oeste y Córdoba y Orizaba bajo nosotros a 5.000 mts. en el Este. La campiña poblana se nos muestra adusta con sus caminos polvorientos y secos, mientras que las selvas y plantaciones de Veracruz, todo verdor y vegetación nos expresan el clima caliente y húmedo de sus

PYRENAICA

costas. Por último el Golfo de México... a casi 6.000 mts. bajo nuestras plantas. ¡Dónde, en el mundo entero, se pueden contemplar estos desniveles!

Un fuerte abrazo sella la amistad entrañable que me une con Antonio. Abrazo de satisfacción y de gratitud mutua. Extasiados en la cumbre se nos pasa el tiempo volando y casi se nos olvida comer. Damos cuenta del jamón y de unas galletas.

Por fin, decidimos descender. Rezamos nuevamente junto a la Cruz, una bella cruz de 3 mts. de altura, hecha de hierro tubular de 10 cms. de diámetro y pintada de vivos colores; en el centro tiene una lámina del Sagrado Corazón bellamente decorada. Bien calzados los crampones, bajamos despacio, pues la pendiente es muy fuerte y un resbalón puede ser fatal. Sin embargo como no precisamos hacer paradas como a la subida, la marcha es rápida.

Más tarde como la nieve se halla blanda y no muy inclinada, nos dejamos deslizar por ella, pero siempre muy atentos con el piolet. De esta manera llegamos al collado de las Torrecillas sobre las 3 de la tarde y dos horas después a la «Cueva del Muerto». Aquí mi hermano Pedro nos obsequia con una deliciosa comida y ya sentados, le referimos la excursión. Pedro ha pagado y despedido al arriero y como tenemos agua y provisiones suficientes y sobre todo, muchísimo cansancio y sueño, decidimos quedarnos allí otra noche.

Estamos fatigados, muy fatigados, pero contentos.

Allá arriba, el «gigante vencido» se esconde avergonzado entre las nubes que cruzan el firmamento a gran velocidad... mientras tanto el sol da paso, poco a poco, a otra noche cuajada de estrellas.